

Dibujo de AGUSTIN FONTANS - Palacio Municipal - FOMTOSA

FELIPE PEDRELL

(1841-1922)

APUNTES BIOGRAFICOS

por MARIANO JOVER FLIX

Se ha cumplido, en este año, el cincuenta aniversario de la muerte de un egregio tortosino: FELIPE PEDRELL SABATE.

Una fecha que recordamos, al escribir estas líneas, como homenaje póstumo a quien tanta gloria ha dado a su ciudad y a su Patria.

Nació, Felipe Pedrell, en el modesto hogar de la familia Pedrell Sabaté, que vivía en el número 20 de la tortosina calle del Reptá, y fue bautizado el mismo día de su nacimiento por el cura de la Catedral don Gabriel Duch, el día 19 de febrero de 1841.

A los siete años, el pequeño Felipe, ingresó en el coro de infantillos de la Catedral, que dirigía el maestro don Juan Antonio Nin y Serra.

Las esbeltas naves de la Catedral tortosense fueron testigos, al paso del tiempo, de la revelación del genio escondido bajo la sencilla vestimenta de aquel infante de coro. El maestro Nin, que intuyó la buena disposición que el niño tenía para la música, se encargó de enzazarlo felizmente, hasta tal punto, que procuró enseñarle cuanto él sabía.

Era tanta la afición, que el infantillo sentía por la música, que pasaba largas horas recluido en su casa escribiendo sobre el papel pautado lo que él llamaba sus composiciones, ayudado de un monocordio que, con gran sacrificio, le compraron sus padres.

Pedrell, muy joven aún, ya se dedicó de lleno a la música, escribiendo artículos, dando clases, componiendo...

Tenía veintiséis años cuando contrajo matrimonio con Carmen Domingo Estrany, hija de un confitero que vivía en la calle de San Antonio. Bendijo la unión el reverendo don Manuel Domingo y Sol, fundador de la Hermandad de Sacerdotes Operarios Diocesanos.

Un año llevaba casado cuando terminó de escribir la primera de sus óperas, *El Último Abencerraje*, en la que, como elemento principal, ya empezó a utilizar expresiones del canto popular. Era el 11 de septiembre de 1868 y aquel mismo día, fallecía su esposa víctima de una afección pulmonar. Dice el maestro en sus memorias: "Acababa de escribir la última nota cuando recibí el último aliento de la que ¡apenas un año! fue la compañera de mi vida, madre de mi idolatrada hija." Pedrell quedó solo con su hijita de pocas semanas de edad, llamada Carmen.

En 1873 pasó a vivir a Barcelona, en la casa número 280 de la calle de Aragón.

El nombre de Pedrell empezó a interesar por los artículos que publicaba en periódicos y revistas especializadas así como por sus composiciones musicales, inspiradas en las enseñanzas recibidas de su maestro y siguiendo el postulado del sabio jesuita P. Eximeno, expresado en el siglo XVIII: "Sobre la base del canto nacional debería construir, cada pueblo, su sistema."

Un año llevaba residiendo en Barcelona cuando se estrenó, en el Teatro del Liceo, su ópera *El Ultimo Abencerraje*. Con ocasión de este primer acto fue a visitarle otro descubridor del arte del pueblo, Anselmo Clavé, el cual le dijo: "Ajó que haveu fet, sí que és música."

Después del estreno de esta ópera escribió otras más, entre ellas *Quasimodo*; *Los Pirineos*, sobre un poema de Víctor Balaguer; *La Celestina*, de Fernando de Rojas, obra castellana del siglo XVI; el *Compte Arnau*, sobre un poema de Juan Maragall, así como otras muchísimas composiciones literarias y musicales, que son del orden de las cuatrocientas.

La producción pedrelliana fue abundante, extraordinaria. Se ha dicho hubiera ocupado la vida de varias personas.

Bajo cualquier aspecto que se lo estudie, su labor fue portentosa.

Pedrell fue quien abrió los primeros surcos en el campo de la musicología, cuando esta especialidad era desconocida. Gracias a sus trabajos de investigación y transcripción, realizados en Roma, París y en los fondos de archivos y bibliotecas de las catedrales y cenobios españoles, conocemos, hoy, las grandes obras polifónicas de insignes maestros de los siglos XV al XVIII, que permanecían sepultadas por el olvido. Entre otros, las de Antonio Cabezón (organista que fue del Rey Felipe II), las de Escobedo, Fuenllana, Peñalosa, Guerrero, Ginés, Pérez, Cabanillas, y, sobre todo, las del gran Tomás Luis de Victoria, del cual transcribió y publicó su *Opera Omnia*, en cuyos trabajos estuvo ocupado nada menos que once años.

Tal hizo el primer musicólogo que hemos tenido en España. El musicólogo que puso de relieve una tradición de hombres acreedores del mejor homenaje.

Fue, también, Pedrell el precursor de la restauración de la música sacra, cuando ésta había llegado al más bajo nivel, iniciada su decadencia en el siglo XVIII. Pedrell, puso los cimientos para dicha restauración, con la publicación de la revista *Salterio Sacro Hispano*, para la dignificación de la música religiosa, adelantándose en veinte años al Motu Proprio del Papa Pío X.

A tal fin dio conferencias, escribió artículos y obras de música religiosa, orientando a músicos profesionales y aficionados, creando, así, una cultura musical y el buen gusto para dicha dignificación de la cual se carecía.

Así mismo hizo escuela propia y sus enseñanzas las impartió a muchos discípulos que más tarde sobresalieron en el arte de la composición y de la interpretación. Citemos entre ellos a Enrique Granados, Falla, Albéniz, Turina, Amadeo Vives, Mas y Serracant, Luis Millet, José Subirá, Conchita Badía, mosén Higinio Anglés, Roberto Gerhart y José Barberá, todos los cuales hicieron honor a las enseñanzas recibidas.

En 1894, Felipe Pedrell, se trasladó a Madrid, viviendo en el número 4 de la calle de San Quintín. Su labor fue intensa y su nombre respetado y admirado. Ejerció como catedrático del Conservatorio y como profesor de la Facultad de Estudios Superiores del Ateneo, en cuyo centro explicó, durante siete cursos, temas musicales en sus más variados conceptos. En sus conferencias hacía oír las obras de los polifonistas, vihuelistas y organistas españoles de los siglos XV y XVI, así como las de autores líricos primitivos: Juan de la Encina, Pablo Esteve, Rodríguez de Hita, Laserna, etcétera.

El 10 de marzo de 1895, Pedrell, era recibido como académico de la Real de Bellas Artes de San Fernando. Su discurso versó sobre Antonio Cabezón.

No obstante, el prestigio que su nombre había alcanzado, no influyó, para que la ópera *Los Pirineos* fuese inaugurada en el Teatro Real. El pueblo de Madrid esperaba ver la obra representada y todavía espera...

La obra figuró varias temporadas en el programa de dicho teatro y había sido previamente aprobada por la Real Academia de Bellas Artes, pero fue sin duda "evaporada", como dice Caramanchel desde "La Prensa", de Buenos Aires, por intereses empresariales.

Acerca de este asunto, escribió el maestro Falla, en la *Revue Musicale* de París (febrero de 1923). "El Teatro Real de Madrid que pretende ser nuestro Teatro lírico nacional y que, por lo tanto, depende del Estado, no dio jamás hospitalidad a las obras de nuestro compositor. Callaría estos hechos, por pudor nacional, sino me obligara precisamente a revelarlos un noble sentimiento de patriotismo, y no sólo por reivindicación de la gloria debida a Pedrell, sino también, por el deseo de evitar, con su conocimiento, que en mi país se reproduzcan casos semejantes."

En 1904, el maestro Pedrell abandonó Madrid por motivos de salud trasladando su residencia a Barcelona definitivamente.

En 1910 asistió, en Buenos Aires, a la representación de *Los Pirineos* en el Teatro Colón de aquella Capital, dentro de la temporada lírica española.

Al año siguiente, y con motivo de cumplir los setenta años de edad, su ciudad natal, Tortosa, le tributó un grandioso homenaje. Según los diarios de la época, se levantaron arcos de triunfo en las calles de la ciudad, se celebraron conciertos, *Te Deum* en la Catedral, banquetes, fiestas populares, dedicación de una calle a su nombre, etc. Finalizó el homenaje, en el Palacio Episcopal, con la entrega que le hizo el obispo, don Pedro Rocamora, del título con que el Papa Pío X le había distinguido nombrándole Comendador de la Orden de San Silvestre Papa.

En 1912 falleció su hija, lo que sumió al maestro en un mundo de pesar y de tristeza.

Los últimos años de su vida los dedicó a terminar *El Cancionero Musical Español* (el cuarto tomo, su obra póstuma), que es como la síntesis de toda su labor artística.

La vida de Pedrell estuvo llena de dificultades y de contratiempos, de injusticias y de ingratitudes, que, sin embargo, no mitigaron el recuerdo de los elogios, de los aplausos, de los homenajes que recibiera en otros tiempos. Ultimamente su nombre surgía y desaparecía con efímeras intermitencias, hasta quedar relegado al olvido incluso por parte de quienes más obligados le estaban. Dichos culpables olvidos hicieron prorrumpir al maestro, ya cercana su muerte, dirigiéndose al maestro Falla: "A mí no se me ha hecho justicia ni en Cataluña, ni en el resto de España..."

Un año antes de morir, hizo testamento, dejando todo su rico archivo al Institut d'Estudis Catalans, en Barcelona.

El día 19 de Agosto de 1922, tras corta enfermedad, el maestro Pedrell fallecía en la Ciudad Condal. Sus restos descansan junto a los de su hija en el cementerio de San Gervasio de aquella capital.

Estos han sido los apuntes sobre la vida de Felipe Pedrell, príncipe de la música española y padre espiritual y artístico de nuestros músicos, como se le ha llamado. Porque, en efecto, ha sido para ellos el precursor y descubridor de sendas y el paladín de las ideas musicales puras.

En este modesto trabajo no ha sido posible abarcar todo cuanto puede decirse sobre la vida y la obra del maestro Pedrell; pero con lo descrito queda bien patente la fecundidad de su trabajo, de su constancia, de su tesón, del maestro visto como musicólogo, literato, compositor, maestro de maestros y como fundador del nacionalismo musical español.

Cerramos este breve trabajo con el mayor respeto, gratitud y admiración hacia el maestro Pedrell, y sirva de recordatorio, en este cincuentenario, para el resurgir de la obra pedrelliana y como debida reparación y homenaje a tan egregio tortosino.